

«LA MUJER EN EL MUNDO MEDIEVAL. SIGLOS X A XIII»

Juan Pablo Alcocer Mendoza

Juan Pablo
Alcocer Mendoza



Maestro en Filosofía, Universidad Anáhuac México Sur. Candidato a Doctor en Filosofía del Derecho, Universidad Anáhuac México Sur. Coordinador de la Maestría de Derecho, Universidad

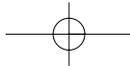
Anáhuac México Sur. Abogado Procurador Autorizado con Nombres Cardenalicio vigente del Venerable Tribunal Eclesiástico de México.

Correo electrónico: [jpamcps@prodigy.net.mx].

El objeto material de la obra de la doctora María Elena Chico de Borja, titulada *La Mujer en el Mundo Medieval. Siglos X a XIII*¹, puede situarse en el curso de los papados de Benedicto IV, hasta el pontificado de Bonifacio VIII. Setenta y siete Papas, ocuparon el trono de San Pedro en los siglos mencionados.

Destaco el dato, porque el enfoque de esta estupenda obra, se ubica en un momento histórico-geográfico puntual de

¹ Editorial Porrúa., México., 2006



Glosa

la Edad Media, es decir, en un espacio y lugar de tiempo perfectamente identificado: la Europa Occidental, nutrida por las ideas greco-latinas y judeo-cristianas del momento.

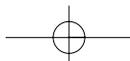
María Elena Borja, nos proyecta luz sobre los importantes logros de una serie de mujeres, de todas las categorías de la sociedad medieval y, además, propone a su público lector, un volver a sí mismo o reflexión, sobre el papel, la actividad, influencia e importancia del género femenino en este episodio de la humanidad.

Siempre se ha creído, de manera errónea, que la Iglesia Medieval ejerció un influjo de carácter negativo en la vida de las mujeres de la época. Nada más falso; fue precisamente el cristianismo, el que hizo el esfuerzo extraordinario de acabar, de alguna manera, con esa subordinación de la mujer al varón que implicaba el patriarcado, herencia del pueblo judío.

La autora de este libro destaca, entre muchos otros, un dato cualitativo: mujeres y hombres fuimos creados con la misma dignidad y, ése es precisamente el nuevo orden que viene a exponer el mensaje evangélico predicado por Jesús, confrontando a la Ley profesada en el Antiguo Testamento.

Esta obra trata, pues, de destacar y confirmar la calidad de vida y trabajo que las mujeres de la época tenían en ese entonces.

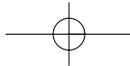
Me atrevo a afirmar que el trabajo de la doctora María Elena Borja, descansa fundamentalmente sobre cuatro ejes. El *primero*, refiere el desenvolvimiento de la mujer en el pensamiento cristiano del medioevo. El *segundo*, nos narra el rol



social femenino en plena Edad Media, en su legislación, vida cotidiana, arte cristiano, actividad económica, en la medicina y la literatura. El *tercer eje*, resalta la aparición de las llamadas «religiosas», un nuevo tipo de mujeres y un nuevo hábitat: los monasterios. El *cuarto* estudia un aspecto que muchas mujeres no han podido evitar: el ejercicio del poder político. Así las cosas, María Elena Borja recorre nombres desconocidos para el lector poco informado, pero familiares para el estudioso de la historia, la literatura y la filosofía de la época. Destacan: Tamara de Georgia, Nicolaa de la Haye, Isabel de Fortibus, Leonor de Provenza, Leonor de Castilla, así como Matilde di Canosa.

La autora enfatiza, a través de los contenidos biográficos y de doctrina de las mujeres referidas, el tránsito de la alta a la baja Edad Media que, como todos los cambios históricos, no es datable con exactitud. (Más bien este tránsito, va produciéndose entre la segunda mitad del siglo XII y la primera del siglo XIII). Por esas fechas, tiene lugar en Europa una serie importante de cambios sociales, que producirán repercusiones imborrables en la posterior historia de la sociedad y la Iglesia Católica.

Por ejemplo, si analizamos el cambio económico —el paso de una economía de uso a una de intercambio—, éste implica la aparición de los comerciantes y los artesanos, y ahí encontramos inmersa a la mujer medieval. Tiene lugar (con permiso para la expresión) una «pre-revolución industrial». Los ricos van siendo cada vez más efecto del dinero, que del poder o señorío de la tierra. Tan las cosas se produjeron así, que casi todos los biógrafos de San Francisco de Asís, suelen comentar que su padre era uno de esos primeros comerciantes



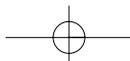
Glosa

enriquecidos, y que esto condicionó primero la vida «disipada» y, luego, la conversión reactiva del Santo.

Este cambio económico, que deja vislumbrar en su obra María Elena Borja, coincide con el nacimiento de las ciudades medievales; en sus comienzos, favorecen la aparición del hambre, por cuanto en la ciudad el alimento debía comprarse —en el campo siempre es más fácil encontrar algo—. Implica, también, un cierto desarrollo de las vías de comunicación, lo cual produce una aparición de vagabundos por los caminos y de pre-proletarios en los márgenes de las ciudades. Los pobres se encuentran así algo más agrupados. Comienza a gestarse una pre-conciencia de clase. A lo anterior, las mujeres estudiadas por la autora aportan su actividad y talento.

En esta época de cambio, la situación social es también oscilante: existen momentos de bonanza en que la pobreza parece casi vencida, y horas de crisis —por ejemplo, a finales del siglo XIII—, quizá por un crecimiento demográfico superior al de la producción, en las que la mala nutrición acaba siendo tierra abonada para grandes epidemias. Tras la peste, por el contrario, la gran escasez de mano de obra, lleva a un aumento notable en los salarios.

En esta nueva situación, la Iglesia Católica crea, en ocasiones, una serie de nuevos servicios, *por ejemplo*: hospitales, en donde la mujer realiza un importantísimo papel. María Elena Borja resalta lo anterior con absoluta claridad. Pero quizá hay que reconocer, apelando a la historia, que las reacciones eclesióstáticas ante las nuevas formas de economía fueron tan radicales y tan poco matizadas que tuvieron una doble consecuencia negativa: la primera, no fue de largo aliento, es

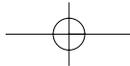


decir, no pudo sostenerse a la larga y, la segunda, su misma imposibilidad acabó por contaminar de criterios mundanos a la Iglesia. Pero aún más importante que la reacción eclesiástica es la innegable repercusión cultural del cambio económico.

Por ejemplo, cabe decir que, en pleno siglo XI, aparece la sinfonía constelada de Hildegarda de Bingen —santa mujer analizada a fondo por la autora—, visionaria renana, gran mística, poeta, compositora, teóloga, científica y filósofa, creadora de un cierta «teología musical». La benedictina, compuso la *Sinfonía de la Armonía de las Revelaciones Celestes*, canto maravilloso de música medieval, en el cual Hildegarda describe los misterios a los que tuvo la audacia de acercarse.

La obra de la benedictina —que podemos conocer en México gracias a la investigación de María Elena— oculta un auténtico tesoro, cuyo descubrimiento no parece depender sólo del reconocimiento de sus rutas, sino sobre todo de atender a unas leyes que no obedecen únicamente a las ansias de quien desea hacerlo aparecer. El *Scivias*, primero de los textos que —junto con el *Liber Vital Meritorum* y el *Liber Divinorum Operum*— conforma el denominado *Tríptico Visionario* o *Trilogía Profética* de Hildegarda de Bingen.

Su autora escribe: «Entonces vi un aire muy luminoso en el que escuché, ¡oh maravilla!, todas las músicas con todos los misterios que el Señor me había revelado: las alabanzas de júbilo de los ciudadanos celestes que gallardamente perseveraron en la senda de la verdad y las lamentaciones de cuantos son llamados de nuevo a estos laudes de la alegría [...]. Y aquel son, como voz de muchedumbres, que en armonía cantaba las alabanzas de las órdenes celestes, decía así...».

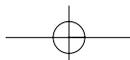


Glosa

Estas líneas pueden facilitarnos la aproximación a la manera en que Hildegarda dice ver y oír. Sus cánticos nuevos han sido creados «sin estudio». «*Elevada a los cielos*»: ve algo esencial, revelado en un tiempo preciso e instantáneo, accediendo al conocimiento desde un modo que no cuestiona el sistema dominante. Y lo mucho visto desde la pura inmediatez por la visionaria es, a su vez, ofrecido; esto es, transmitido por la profetiza.

Leamos ahora un fragmento situado casi al comienzo del *Scivias* en el que Hildegarda relata un acontecimiento que nos presenta como fundamental en su vida: «*Sucedió que, en el año 1141 de la Encarnación de Jesucristo Hijo de Dios, cuando cumplía yo cuarenta y dos años y siete meses de edad, del cielo abierto vino a mí una luz de fuego deslumbrante; inundó mi cerebro todo y, cual llama que aviva pero no abraza, inflamó todo mi corazón y mi pecho, así como el sol calienta las cosas al extender sus rayos sobre ellas. Y, de pronto, gocé del entendimiento de cuanto dicen las Escrituras: Los Salmos, Los Evangelios y todos los demás libros católicos del Antiguo y Nuevo Testamento, aun sin poseer la interpretación de las palabras de sus textos, ni sus divisiones silábicas, casos o tiempos.*

Hildegarda expone así, en primera persona, la experiencia que le permitió penetrar en el sentido oculto de los libros. Ella «no había ido materialmente a la escuela» y decía no entender nada de gramática ni de sus leyes; se sentía paradójicamente libre para comprender la verdad de los significados, y ello, insistía, podía cumplirlo desde su «sencillez», desde la lejanía de los centros de cultura institucional. En ella hay que recordar su adhesión a un *topos* habitual en la literatura desde la antigüedad, e indicar que, si se evita la ingenuidad, comprobaremos que una autora de textos tan ricos como los mencionados

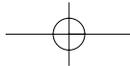


—y de títulos que han recibido la calificación de científicos— debería ser necesariamente una infatigable e inteligente lectora. Su producción permite vislumbrar su proximidad conceptual a la cultura filosófica y científica de su época.

Es interesante observar, la función que Hildegarda otorga a la *memoria* —instrumento intelectual más que místico— a la hora de comunicar a los demás «lo visto u oído», es decir, lo aprendido. Ve y oye con la mirada y el oído interiores; pero, insiste, mientras contempla las cosas en la parte más profunda de su alma. No se trata de ensoñaciones sino de manifestaciones fehacientes percibidas con los ojos exteriores abiertos. Sus conocimientos los adquiere de esa voz de la luz viva que ilumina la oscuridad y con la cual mantendrá siempre una distancia conciente.

Se conserva, pues, la separación entre sujeto y punto focal de la visión y, por tanto, no se «naufraga», como acaece en otros relatos místicos. Por el contrario, en esos momentos, la visionaria afirma percibir su cuerpo con mayor intensidad aún. Al no cumplirse una fusión con el Iluminador no hay pérdida de conciencia, alienación, ni trance y, por tanto, ella sigue ligada al mundo. La *Visio* de este modo descrita, nos remite irremediabilmente a la *teoría de la iluminación agustiniana* y a la *metafísica de la luz del Pseudo-Dionisio* y se vincula así mismo a las reflexiones de un Bernardo de Claraval, abanderado del anti-intelectualismo cristiano.

Así, desde la «plena conciencia» Hildegarda instituye un orden basado en signos y figuras de complejidad y belleza innegables. Ella traduce al lenguaje simbólico de las imágenes los conceptos de la filosofía contemporánea, toda vez que

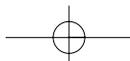


Glosa

esboza un grandioso cuadro poético de los misterios de la Creación, de la idea del mundo y de la historia de la Salvación. Y todo ello lo proclama: «*Mientras contemplaba —el alma trémula y de temor embargada— una visión celestial, vi un gran esplendor del que surgió una voz venida del cielo diciéndome: “Oh frágil ser humano, ceniza de cenizas y podredumbre de podredumbre: habla y escribe lo que ves y escuchas [...] anuncia entonces estas maravillas tal como has aprendido ahora: escribe y di”*».

Se le encomendaba no guardar silencio. Hildegarda tenía que declarar sus visiones «*como el discípulo que, habiendo escuchado las palabras del maestro, las comunica con expresión fiel, acorde a lo que éste quiso, enseñó y prescribió*». Tras vacilaciones iniciales, observó la orden y retomando los cauces de la antigua tradición profética, anunció lo revelado, escribió, habló y actuó públicamente. Con una actividad literaria de duración e intensidad sorprendente, se erigió en transmisora de la divinidad y, al mismo tiempo, de su propio saber.

Profetisa-poeta, fiel a una voluntad que la convertía en «*trompeta de Dios*» y en sujeto de su discurso, se sintió llamada, elegida y encargada de propagar la verdad y de prevenir contra «*los males del tiempo*». Para ello, empleó Hildegarda un lenguaje exento de argumentaciones, alejado del esquema del tratado o del comentario; un lenguaje que no presupone la lección a los alumnos. Y sin embargo, no se trata de un discurso en soledad sino que requiere la atención de un auditorio amplio, predispuesto ya en cierto modo y arrastrado luego mediante la singular fuerza de las palabras hildegardianas a ver las imágenes por ella observadas.



Casi al final de su existencia, la anciana abadesa restituyó de nuevo lo que veía, atenta a la luz viva que le *inundó el cerebro e inflamó el corazón*, fue alumbrada a la vez que se alumbró, dibujando con ello un espacio para su voz. Su interpretación de lo «*mucho visto*» se puso al servicio de una construcción susceptible de comprender el cosmos y sus criaturas. Con un pensamiento que afirma la necesidad de concordar el mensaje de la Escritura con la experiencia humana, Hildegarda se dispuso a ofrecer unas vías para armonizar lo desarmónico. Elogiadora de un arte verdadero y sagrado, sus composiciones y escritos conforman uno de los mayores *corpus* de cantos monódicos de la Edad Media.

La obra de María Elena Borja nos lleva a investigar con avidez y gran curiosidad, la profundidad y belleza de esta mujer —entre otras— de la Edad Media; pero no queda ahí, María Elena Borja rescata de la memoria histórica a otras tres damas: Hrotswitha de Gandershein, también benedictina de cuna noble sajona, Leonor de Aquitania, reina de Francia, y Blanca de Castilla, reina hasta su muerte.

Encontré a lo largo de la lectura del libro de María Elena, un arsenal de elementos cualitativos, históricos, filosóficos, literarios, místicos y teológicos; un verdadero mimbre interdisciplinario, fruto de la cuidadosa investigación de las noventa y nueve obras utilizadas como bibliografía principal, de sus dos fuentes de carácter secundario y de sus doce páginas histórico-filosóficas de Internet. ■

